

Diabluras

por **María Menéndez-Ponte**

El fuego lamía vorazmente los troncos alimentando así sus intensas llamaradas. Lenguas anaranjadas coqueteaban con otras verdiazules en torno a los calderos de hierro negro. El chisporroteo del fuego y los restallidos de la madera sonaban en una diabólica sinfonía. Y el olor a azufre invadía las distintas dependencias abarrotadas de gente. En medio de ese calor infernal, Lucifer, ataviado con su capa roja favorita, bailoteaba satisfecho de sus posesiones, que cada día eran mayores. La verdad es que, después de la última compra de terrenos, nadie podía disputarle el título de Superterrateniente del Universo que, sin duda alguna, le correspondía por derecho propio.

Tampoco podía disputarle nadie el título de Hotelero Mayor. Por suerte, la Tierra estaba llena de maldades y ahí estaban para verificarlo los miles de millones de clientes que se amontonaban por las distintas salas y pasillos a la espera de nuevos calderos. Y es que últimamente le fallaba el suministro de los mismos. Ya no quedaban buenos artesanos; aquellos herreros de antes que, con su delantal de cuero, sudaban todo el día en la fragua para dar forma a calderos, atizadores y palas. La invasión de la industria había dado al traste con el sufrido gremio, y ello le perjudicaba en gran medida. En cuanto se descuidaba, intentaban darle gato por liebre, o sea, acero inoxidable por hierro, y eso sí que no. Era diablo, pero no un chapucero.

Definitivamente, Lucifer era contrario a la invasión tecnológica, que no era sino un invento para suplir la buena mate-



ria prima y el trabajo bien hecho. Y eso que, muy a su pesar, él mismo había tenido que claudicar de sus principios y acudir a Bill Gates para que le informatizara el infierno. Naturalmente, por razones burocráticas. Era imposible actualizar los ficheros entrando, como entraban cada día, más y más hordas de gente.

Lucifer, pues, tenía razones de sobra para estar feliz, si no fuera por la desgracia que, como a cada hijo de vecino,

le había tocado en suerte. Y es que ¿hay mayor desgracia que al diablo le nazca un hijo más bueno que un pedazo de pan (por supuesto, hecho a mano y en horno de leña) y, para colmo, alérgico al fuego? Cada día Lucifer se debatía entre los sentimientos de padre y los de diablo. Colocar a su hijo dentro del infierno era imposible y fuera, de portero, un auténtico desastre.

Después de observar un rato a su hijo trabajando, Lucifer, absolutamente desesperado, se dirigió a la puerta donde se encontraba y lo abordó sin miramientos:

— Pero, Fer, hijo, ¿qué haces? Te doy la mejor portería y me ahuyentas a la clientela. ¿Quieres que me acusen de tráfico de influencias?

Su hijo lo miró con unos ojos cándidos que irradiaban bondad. Lucifer apartó la vista; esa mirada angelical era superior a sus fuerzas.

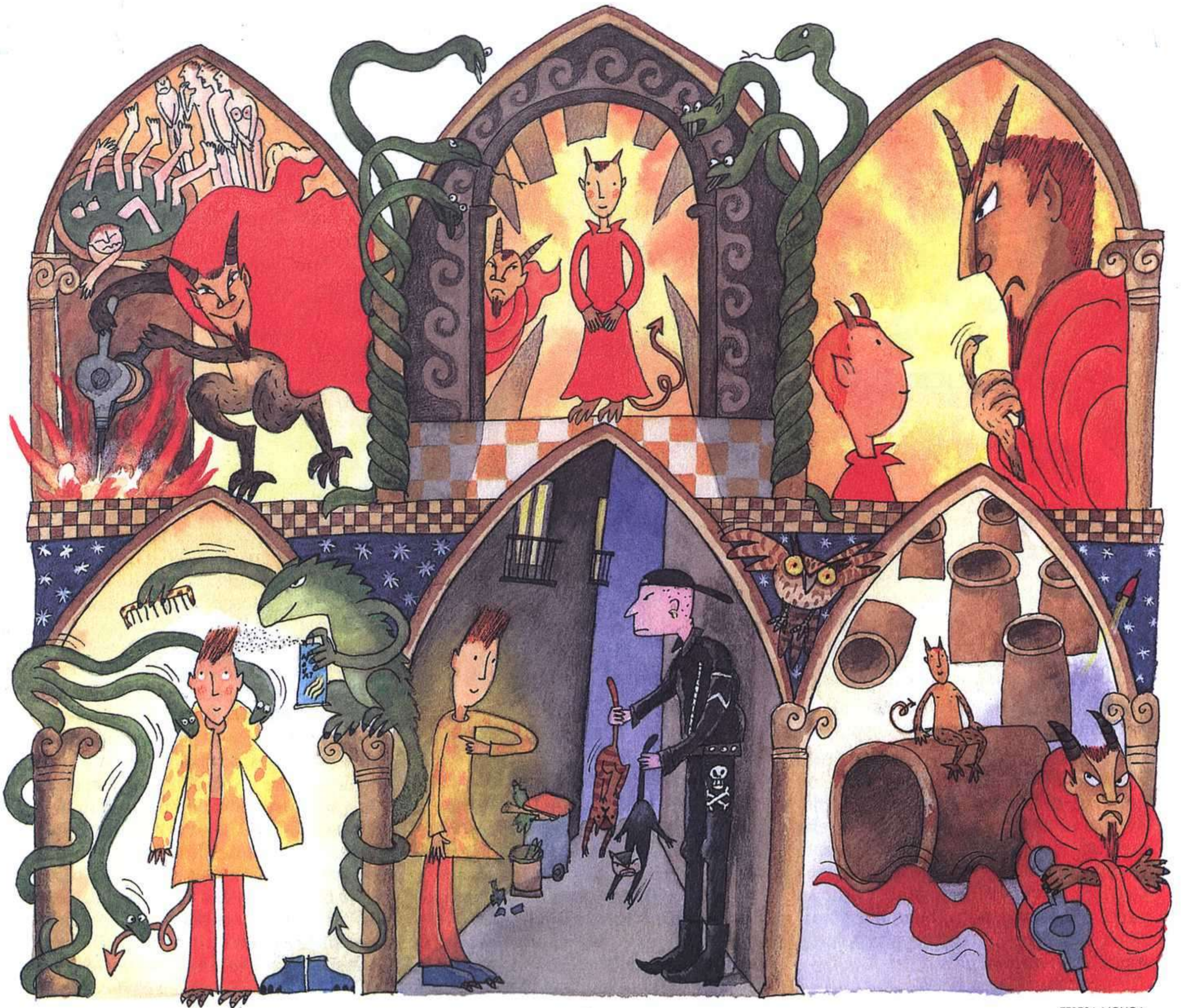
— Yo no los ahuyento, papi, es que no tienen méritos suficientes, seguro que estarán mucho mejor en el cielo.

— ¿En el cielo... ese chorizo que ha robado millones al Estado? — bramó Lucifer descompuesto.

— Está muy arrepentido, en serio, dijo que devolvería hasta el último céntimo. Y ya sabes que cuando hay arrepentimiento, hay perdón del cielo.

— ¿Y también está muy arrepentido ese otro animal, el que vació el cargador de la pistola sobre cuatro personas que ya se han ganado el cielo aunque sólo sea por su condición de víctimas, dejándome a mí sin cuatro posibles clientes?

— Compréndelo, papi, fue en un momento de ofuscación, no sabía lo que ha-



TERESA NOVOA.

cía. Imagínate, cuatro años en el paro, separado, con deudas por todas partes... ¡Pobre hombre! Un mal momento lo puede tener cualquiera.

Lucifer empezó a mesarse los cuernos para contener las oleadas de ira que le invadían. Esta vez su hijo se lo había puesto muy difícil. Ya sólo le quedaba un último recurso. Por mucho que le costara desprenderse de su amado Fer (a

pesar de los múltiples defectos un padre nunca deja de querer a su hijo), tenía que enviarlo a la Tierra, el único lugar donde podía hacer un *master* en maldades. Y, sin añadir una palabra más, fue a consultar los ficheros de posibles candidatos a huéspedes permanentes en su morada del Hades.

La Navajas... el Menda... el Chori... Yoni Pata Negra... ¡Éste es el candidato

ideal! —pensó—: matón de instituto, ladronzuelo, experto en chuletas, camorrista y forofó del Despeñaperros.

— ¡Fer, ven aquí inmediatamente! — gritó Lucifer chorreando adrenalina.

Su hijo acudió presuroso, pues además de bueno como el pan era muy obediente. Lucifer le comunicó los planes. ¡Cómo le hubiera gustado que su hijo, ya entrado en la preadolescencia, le die-



ra alguna muestra de la rebeldía típica de la edad: una mala contestación, un portazo, un corte de mangas o, al menos, una cara larga! Pero eso era mucho esperar de un ser tan extremadamente angelical; hasta los cuernos adquirirían en su cabeza un toque de dulzura. Como su padre imaginaba, Fer esbozó una sonrisa de arcángel y, con una voz dulce y melodiosa, respondió:

— Como tú digas, papi.

Lo más complicado resultó disimularle los cuernos y el rabo, pero entre el maquillador y el sastre hicieron un buen trabajo y lo dejaron listo enseguida para su viaje a la Tierra. Allí Fer encontró a Yoni Pata Negra en un callejón tratando de atar a dos gatos por la cola.

— ¿Por qué haces eso? —le preguntó consternado.

Yoni se lo quedó mirando como se mira a un bicho raro, le resultaba extraño que un chaval lo abordara sin el más mínimo temblor de piernas ni de voz.

— Tú eres nuevo, ¿verdad? —dijo cla-

vándole una mirada aviesa de niño malo.

Pero Fer no se dejó impresionar. En el infierno las había visto peores. De modo que respondió con la mayor naturalidad:

— Sí, acabo de llegar del infierno.

— Vaya, eres un tipo duro, ¿verdad? Pues no lo pareces, ¿sabes?, das la impresión de niño de mamá —dijo sorprendido; y, acercándose a él, añadió—: Me llamo Yoni, Yoni Pata Negra. ¿Y tú?

— Yo soy Fer, Lucifer.

— ¡Venga, chaval, no me vaciles! Lucifer, si es que existe, está en el infierno.

Fer arqueó las cejas asombrado. ¿Por qué Yoni ponía en duda la existencia de su padre?

— Claro que existe, es mi padre —le informó.

Yoni hizo chascar la lengua y le dio una palmada en la espalda.

— Me gustas, chaval, verdaderamente eres un tipo duro. Tu padre es Lucifer y vives en el infierno... Ja, ja, ja —se rió abiertamente.

Fer se sumó a sus carcajadas, también a él le gustaba Yoni, resultaba fácil ser su amigo.

— Bueno, vamos a ver si, según dices, eres un auténtico diablo. Desde luego, para ser mi amigo, tendrás que demostrármelo, sólo la labia no basta —dijo poniéndose repentinamente serio—. Mira, por ahí vienen esos pavos, vamos a manganles las carteras.

— Pues vaya una tontería. ¿Para qué quieres manganles las carteras? —le preguntó Fer cándidamente.

— ¿Qué pasa, chaval? ¿Es que eso es demasiado poco para un diablo como tú? Si quieres atracamos un banco o volamos el instituto...

— ¿Es que sólo sabes hacer ese tipo de trabajos? —se asombró Fer.

Yoni se sintió achantado ante tanta frialdad. Era la primera vez que alguien le sobrepasaba haciendo diabluras. ¿De qué era capaz ese tipo con cara de angelito? Es verdad que a veces éstos eran los peores, los que las matan callando. Yoni se acordó del descuartizador de mujeres, y un escalofrío le recorrió el cogote.

— Bueno, tienes razón, vamos a dejarlo —decidió de repente.

A partir de entonces, y aunque resulte difícil creerlo, la inocencia de Fer resultó fulminante para Yoni, que sufrió una profunda transformación. Poco a poco perdió su aire de perdonavidas, se dulcificó su rostro y dejó de hacer diabluras, hasta convertirse en un niño modélico. Lucifer rabiaba desde el infierno arrancándose a puñados los pelos de la barbita de chivo de la que estaba tan orgulloso. Su plan no había dado resultado, pero era cuestión de insistir. Ya lo dice el refrán: «El que la sigue, la consigue».

Así que Lucifer probó a enviar a su hijo con la Navajas y con el Menda y con el Chori. Pero con todos ellos ocurrió lo mismo. Pronto no quedó ni rastro de maldad en la Tierra. Y las consecuencias, como os podéis imaginar, fueron devastadoras para Lucifer. En unos meses el infierno perdió toda su clientela, y a Lucifer no le quedó más remedio que ir hipotecando terrenos hasta verse con el agua al cuello. Eso, siendo como era un diablo, acostumbrado al fuego, no lo pudo soportar y se refugió en un agujero negro. Así es cómo se acabó un buen día el infierno. Por eso ahora todo el mundo va al cielo.